

EXAMEN DE LIBROS

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ, *et al.* (editores): *Historia y sociedad en el mundo de habla española*. México, El Colegio de México, 1970, 397 pp.

Erudito, investigador en el más cabal sentido del término, penetrante analista de las fuentes, autor de una maciza bibliografía que en su género será siempre de consulta obligada, y fomentador de vocaciones excepcionalmente dotado, el doctor José Miranda —fallecido en 1967 en su nativa España— ha sido objeto de un homenaje por algunos de sus más cercanos discípulos, en la forma que, a buen seguro, más le habría complacido ver: este volumen de *Historia y sociedad en el mundo de habla española*, compuesto por un selecto equipo de especialistas, mexicanos y extranjeros, a quienes ha unido su admiración y respeto por la obra del maestro desaparecido.

Basta revisar el índice del libro para darnos cuenta de la categoría y el prestigio de los colaboradores, y de la importancia de los temas abordados por cada uno de ellos. Y luego, al entrar en materia, las sorpresas agradables se multiplican, al constatar el valor, el rigor científico y la aportación historiográfica que ofrecen la casi totalidad de los estudios que lo integran; unos más sugestivos que otros, desde luego, según el interés particular del lector. Veámoslos, aunque con la brevedad, casi críptica, que el corto espacio disponible nos impone.

Del profesor Wigberto Jiménez Moreno se sabe que sabe mucho, pero también que publica poco; de ahí que, cuando aparece algo nuevo de él se considere casi como día de fiesta: éste podría ser uno de ellos. Después de la bibliografía y de la biografía de José Miranda, Jiménez Moreno abre la sección de estudios del volumen, con uno titulado: "Nayarit: etnohistoria y arqueología." Su nota distintiva es el énfasis que el autor imprime al factor geográfico para explicar el desarrollo de las culturas nativas de la comarca, acompañando el texto de un útil y muy claro mapa etnográfico. Cierto que varias de las hipótesis de Jiménez Moreno sobre el origen de la población nayarita son en extremo aventuradas, y el aplomo con que precisa fechas de sucesos tan remotos y legendarios (como la emigración de los nahuas de Metzcal-

titlan y Aztatlan “en 1111 d. C.”), no puede menos que dejarnos perplejos; pero, aun así, esta apretada síntesis arroja un poco de luz sobre la oscura historia antigua de nuestro Occidente.

También del Occidente se ocupa el admirado amigo Woodrow Borah: “Los tributos y su recaudación en la Audiencia de la Nueva Galicia durante el siglo xvi.” Luego de un justo elogio a la obra de Miranda *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo xvi* (que “significa —dice— un progreso sobresaliente en los estudios de las instituciones mexicanas, y hace posible el análisis de la información sobre tributos para otros tipos de investigación, notablemente sobre población indígena”), Borah nos recuerda los inicios coloniales de Nueva Galicia, para abordar después el tema de la tributación indígena, transcribiendo y glosando —con su habitual maestría— los datos de la fuente más antigua y confiable, y con la que tan familiarizado está: la *Suma de visitas* publicada por Paso y Troncoso. Sobre este armazón, reforzado con un acervo documental de primera mano, el hombre de Berkeley ofrece al final sus conclusiones, que como todas las suyas, son de un rigor y una brillantez contundentes. El de Borah es un buen aporte a la historiografía de Jalisco, tan vapuleada por los “especialistas” locales. (Véase, por ejemplo, esa incalificable “Exégesis” de Juan López que acompaña a la nueva edición de la *Crónica miscelánea* del padre Tello, Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1968.)

El historiador jesuita Norman F. Martin, ampliamente conocido en nuestro medio por sus estupendos estudios novohispanos (recuérdese su sesudo y erudito prólogo a la *Instrucción reservada* del virrey Montañés, México, Jus, 1965), participa en este volumen con una muestra más de su seriedad en el campo de la investigación: “Antecedentes y práctica de la esclavitud negra en la Nueva España del siglo xvi.” Si el siempre citable estudio de Aguirre Beltrán, aborda la cuestión del “problema negro” a partir de 1519, Martin bucea en los antecedentes europeos (irrupción del Islam, las Cruzadas, expediciones portuguesas al África), para señalar “la continuidad en la historia de la servidumbre entre el Viejo y el Nuevo Mundo”. Sugestiva y muy defendible tesis del autor.

Juan Friede, especialista en etnohistoria de Tierra Firme (Panamá, Colombia y Venezuela), toca aquí un asunto novohispano: “El privilegio de vasallos otorgado a Hernán Cortés.” El autor analiza particularmente el valor testimonial de los documentos

oficiales de la época, para precisar las contradicciones y extrañezas que encierran y que han hecho confuso el esclarecimiento de este punto. Es agudo el escapelo de Friede, pero es incompleta su información, bibliográfica y del "ámbito" cortesiano.

Sobre un fondo geohistórico más amplio que el anterior, puesto que alude a toda la América hispana, el historiador cubano Julio Le Riverend trata de los "Problemas del régimen de apropiación de la tierra", tomando como lógico punto de partida la inicial experiencia española en las Antillas. Es provechoso, en cuanto sintetiza los antecedentes más lejanos de la cuestión agraria en Iberoamérica: explosivo socioeconómico que no ha dejado de detonar desde las emancipaciones políticas de 1810.

Enrique Otte, por su parte, nos da la imagen de "La Nueva España en 1529" a base de tres preciosos documentos coetáneos, hasta ahora inéditos, localizados por él en el Archivo de Indias. En verdad se trata de una aportación valiosa, pues no es cosa de todos los días dar con testimonios príncipes sobre la etapa histórica inicial de Nueva España.

Excepto en las colonias del Río de la Plata-Paraná (por la vecindad con el Brasil) y en los otros dominios españoles por algún sonado proceso inquisitorial, "lo portugués" nunca constituyó un serio problema sociopolítico en la vida de la América hispana. Empero, Marcel Bataillon lo hace objeto de un breve estudio regional: "Santo Domingo 'era Portugal'". El asunto trabajado con la pericia y el aparato documental habituales en el autor del clásico *Erasmus y España*, ofrece un interés demasiado estrecho, por lo menos para la historiografía novohispana. Se trata de una joyita —una minucia— poco atrayente, en tanto que siempre se esperan, de todo un señor Bataillon, nuevos *Erasmos* y nuevas *Españas*.

"Notas sobre la historia de la conquista, de Sahagún" es la contribución del gentil amigo, Howard F. Cline, otro candidato a dilucidar el tentador y sempiterno misterio del famoso "libro XII" del franciscano. Que si Panes, que si Bustamante, que si la primera copia, que si el borrador original, que si el ejemplar interpolado, que si fue Paso y Troncoso o el padre Garibay el "norteador", etc. y etc., hasta el día del juicio. Cline no nos saca de la confusión, sencillamente porque ésta no es obra de humanos. Sin embargo, el estudio es ameno y sahadunianamente "movido".

Estupenda la investigación de Luis Muro sobre un tema tan grato a la historiografía mexicana: "La expedición Legazpi-Urda-

neta a las Filipinas. Organización 1557-1564." Es la más amplia de todo el volumen, erudita y con documentación inédita fundamental; inapreciable para valorar el papel de Nueva España en la soberbia empresa de hacer del Pacífico "un lago español", este escrito, que complementa y supera uno anterior del profesor Rubio Mañé, constituye ya una buena fuente de consulta para el estudio de la expansión —material y cultural— novohispana en el siglo xvi.

En breve artículo, "La introducción de apellidos castellanos entre los mayas alteños", el antropólogo Pedro Carrasco analiza un interesante problema de mestizaje socio-cultural, con el apoyo de un valioso documento localizado por él en el Archivo de Indias: la visita de Antonio de Lara Mogroviejo por diversas provincias de la Capitanía General de Guatemala, en 1646. Las consideraciones del autor olvidan, sin embargo, un hecho que puede plantearse así: el proceso de castellanización que opera en este sector del Nuevo Mundo, a lo largo del siglo xvii, se refiere menos a los grupos designados por Carrasco "mayas alteños" que a los propiamente "nahuatizados", habida cuenta que a partir de la expedición conquistadora de Alvarado se inicia una fuerte e incontenible campaña de "mexicanización", manifiesta en los nombres de personas y lugares traducidos del quiché y del cakchiquel al náhuatl, que fue la primera lengua "reguladora" impuesta por los españoles (y sus aliados del altiplano mexicano) en Guatemala.

"El régimen de trabajo en México. Aumento y alcance de la gañanía [en el] siglo xvii", por Charles Verlinden, es una excelente aportación a la historia socioeconómica de Nueva España. Se trata, en rigor, de un buen estructurado ensayo en el que se cotejan las semejanzas y diferencias, las ventajas y desventajas, entre el sistema laboral de los "repartimientos" y el de la "gañanía", o trabajo libre asalariado, implantado por las ordenanzas de 1632. Con el sustento erudito de las *Fuentes* editadas por Silvio Zavala, Verlinden llega a conclusiones muy interesantes, que habrá de tomar en cuenta el futuro investigador; sobre todo en aquellas en que pone en guardia a los estudiosos, de no dejarse deslumbrar por el solo examen del aspecto jurídico y legal de la cuestión, tan divorciado, casi siempre, de la realidad. Insiste —y tiene toda la razón— en que debe ser preferencial la investigación de la situación real de los trabajadores del campo (a base de informes, visitas, estadísticas, descripciones, etc.), sobre la teórica

y a menudo letra muerta, de las disposiciones legales filantrópicas que venían de la metrópoli. Aún hoy, la última fuente a la que acudiríamos para enterarnos de las "conquististas" de la clase trabajadora, sería la *Ley Federal del Trabajo*.

Uno de nuestros predilectos de este volumen dedicado a José Miranda, es el estudio de Jean-Pierre Berthe "La peste de 1643 en Michoacán: examen crítico de una tradición". A base de pura lógica y de un cuidadoso análisis de las fuentes, Berthe deshace, sin remedio, una de las múltiples supercherías de que está infectada nuestra historia: "la peste de 1643", que lanzó a la circulación el padre José Guadalupe Romero, amparándose en la clásica *Crónica* del franciscano La Rea, mal leída y peor interpretada por Romero. Estupenda labor de esclarecimiento realizada por Berthe, que compartimos *in totum*, así por lo riguroso y exacto de su "disección", como porque en lo personal hemos podido comprobar cuan endeble, descuidadas y ligeras son muchas de las aseveraciones del autor de las *Noticias para formar la estadística del obispado de Michoacán*.

De John J. TePaske es el ensayo "La crisis del siglo xviii en el virreinato del Perú". Sugestivo y con amplias proyecciones, porque dicha crisis repercute, inevitablemente, en el movimiento emancipador sudamericano. Las reformas económicas y administrativas de los Borbones, y en especial las de Carlos III (libertad de comercio, instauración de las intendencias, creación del virreinato del Río de la Plata), aceleraron la decadencia del virreinato del Perú, que culminó medio siglo después con el acta de defunción de Ayacucho. Tal proceso, en el que se inserta como uno de sus momentos más trágicos y significativos la rebelión de Tupac-Amaru, constituye el meollo de este bien documentado trabajo de TePaske, donde se trasluce el conflicto entre dos estilos de gobierno, sociedad y economía: el "tradicional" y el "ilustrado", cuyo final se avizora: la independencia política del siglo xix. Pero, antes que TePaske otro autor había penetrado ya con agudeza en el tema: Guillermo Céspedes del Castillo: *Lima y Buenos Aires: repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata*, Sevilla, 1947.

En el complicado y movido torneo histórico de las "esferas de influencia" imperialistas, ha sido notable la contribución bibliográfica del doctor Robert A. Humphreys, que ahora nos ofrece, traducido, un valioso estudio publicado originalmente en inglés: "Rivalidades angloamericanas y emancipación hispanoamericana."

Es de felicitarse que nuestro público pueda ya tener fácil acceso a este texto. Un solo reparo podría hacerse al mismo, aunque parezca osado tratándose de la autoridad de Webster, citado por el autor, cuando afirma que la influencia de la Gran Bretaña en Hispanoamérica quedó establecida "por dos medios principales: su comercio y su flota". Ello es cierto, pero parcial, pues en el campo de las ideas fue intenso y determinante el impacto del pensamiento y de las instituciones británicas en la lucha emancipadora y en la formación de los nuevos estados del continente americano.

Siguiendo muy de cerca la brecha abierta por el filósofo mexicano Leopoldo Zea (*Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*), el historiador Ernesto Chinchilla Aguilar, formado en *El Colegio de México*, examina un aspecto local de aquel vasto tema: "Corrientes filosóficas en Guatemala anteriores a la implantación del positivismo." Quizá la limitación más sensible de este trabajo —por lo demás, muy común en los que conocemos del autor— consiste en la estrecha visión geohistórica con que lo ha abordado. La ciudad de Guatemala no era una ínsula, y sus relaciones e intercambios, con México y con otros centros culturales del continente, fueron frecuentes y tuvieron consecuencias. Para citar sólo un ejemplo, de los muchos que no pueden ignorarse, piénsese en la labor mexicana del admirable guatemalteco Mariano Gálvez, que a lo largo de varios lustros de exilio fue un seguro trasmisor de ideas progresistas, allende los Cuchumatanes, que algo tuvieron que ver con la revolución liberal y la implantación del positivismo en su país. A Chinchilla casi siempre le falta ampliar y profundizar sus investigaciones.

"Taft y los antimaderistas", de Berta Ulloa, es un pequeño anticipo de la obra grande de la autora, ya en circulación, *La revolución intervenida*. Cualquier comentario al respecto, tendrá que reservarse, en consecuencia, para el menú completo y no para la botana.

Nuestro buen amigo Luis González, cuyo *Pueblo en vilo* sigue siendo objeto de los más entusiastas comentarios, contribuye aquí con un estudio sumamente original: "Los balances periódicos de la revolución mexicana." No a la manera del célebre "balance" de otro Luis (Cabrera), sino contabilizando el aspecto formal, estadístico, curioso y biográfico de los informes presidenciales y de sus protagonistas. Este texto, nada comprometedor ni arriesgado, convida, sin embargo, a reflexionar seriamente sobre "la

máxima expresión oficial del México de este siglo”, expresión que, para tortura del historiador, casi nunca coincide con la realidad vivida ni con los “balances periódicos” que corren de boca en boca o que se imprimen al margen —y en pugna— de la consigna oficial. La compulsa entre ambas “verdades” y su resultado final, es la meta primordial de la tarea historiográfica.

Sherburne F. Cook, “el otro yo” del doctor Borah, participa con un estudio histórico-demográfico: “Las migraciones en la historia de la población mexicana”, cuyo subtítulo es confuso: “Datos modelo del occidente del centro de México, 1793-1950.” Cook —al igual que Borah— siempre es un autor confiable: la exactitud de sus cálculos, la precisión de sus cifras y la prudencia de sus hipótesis, nos proporcionan en todo momento árboles con buena sombra. En este trabajo no hace sino confirmar garantías precedentes. La única y sempiterna duda se produce por causas ajenas a la pericia y erudición del manipulante: la dificultad, en ocasiones insuperable, de “traducir” los datos estadísticos antiguos al vocabulario numérico actual de nuestros sistemas demográficos.

Cierra el volumen otro estudio histórico-demográfico, el del sociólogo James W. Wilkie, “La ciudad de México como imán de la población económicamente activa, 1930-1965”. Meditaciones, con el apoyo de cifras oficiales escalofriantes, en torno al problema, no metropolitano, sino “megalopolitano” de nuestra capital, que al ritmo que lleva engendrará hacia el advenimiento del siglo XXI una crisis social de consecuencias imprevisibles. Y todavía se habla del “equivocado” Malthus. Claro que a este estudio le falta su obligado complemento: el de “la población económicamente pasiva” (chicleros, “marías”, pordioseros, etc.) que de la provincia succiona el “De-efe”, para que el cuadro quede perfectamente dibujado.

Por este rápido examen se verá que no ha sido magro el homenaje de El Colegio de México al que fuera ilustre miembro de la institución, José Miranda. Por ello, es improbable que el homenajeado, desde donde se encuentre, “les tire con el volumen a la cabeza” a sus jóvenes alumnos que discurrieron el libro. Cierto que don José era hombre de pocas pulgas, pero *Historia y sociedad en el mundo de habla española* cuenta entre las muy “pocas” con las que, a buen seguro, le habría agradado solazarse.

Ernesto LEMOINE

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM